

## CORREO DE MADRID.

DEL SABADO 9 DE JUNIO DE 1787.

*Rasgo filosófico político que se nos ha remitido.* Lysimaco. Así que Alexandro hubo destruido el Imperio de los Persas, quiso que se le tuviese por hijo de Jupiter. Los Macedonios se indignaron de ver, que este Príncipe se avergonzase de tener por Padre á Filipo; creció su indignacion, quando le vieron tomar las costumbres, los vestidos y modales de los Persas, y se echaban en cara mutuamente el haber hecho tanto por un hombre, que comenzaba á despreciarlos. Pero en la armada no se oía sino un sordo murmullo sin que nadie se atreviese á explicarse. Habia seguido al Rey en su expedicion un filósofo llamado Calistenes. Habiendole este saludado un dia segun el uso de los Griegos: *¿de qué procede,* le dijo Alexandro, *que no me adoras?* Señor, le respondió Calistenes, vos sois Gefe de dos Naciones; la una que era esclava antes que la hubieseis subyugado, no lo es menos, despues que la habeis vencido; la otra libre antes que os sirviese para ganar tantas victorias, lo es tambien despues que las habeis ganado. Soy Griego, Señor, y vos habeis ensalzado tanto este nombre, que sin injuriaros, no nos es licito envilecerle.<sup>4</sup>

Alexandro era tan extremado en sus vicios como en sus virtudes: era terrible en su cólera, y esta le hacia cruel. Mandó cortar á Calistenes los pies, orejas y narices, ordenó que se le pusiese en una jaula de hierro, y le hizo llevar de esta suerte en su comitiva.

Yo amaba á Calistenes: habia empleado en oír sus instrucciones los ratos que me lo permitian mis negocios; y á la verdad si algun amor tengo á la virtud, lo debo á las impresiones que me hicieron sus discursos. Fui á visitarle. „Saludote, le di-

je, ilustre desgraciado, á quien veo encerrado en una jaula de hierro como bestia salvaje, por haber sido el único hombre de la armada.<sup>4</sup>

El me respondió: „Lysimaco, quando me veo en una situacion que pide valor y fortaleza, parece que me hallo en mi lugar. A la verdad si los Dioses me hubiesen echado sobre la tierra solo para el deleite, en vano me habrian dado una alma grande é inmortal. (\*) Gozar de los placeres de los sentidos es cosa que todos los hombres pueden hacer facilmente, y si los Dioses nos hicieron solo para esto, hicieron una obra mas perfecta que la que quisieron, y executaron mas que lo que habian emprendido. Pero no es esto, añadió él, porque yo sea insensible. Tú me haces conocer bastantemente que no lo soy. Quando veniste á verme, sentí al principio algun placer en verte executar una accion de valor. Pero en el nombre de los Dioses te ruego, que sea por la última vez. Deja que sufra solo mis desgracias, y no tengas la crueldad de juntar tambien las tuyas á las mias.<sup>4</sup>

Calistenes, le repliqué yo, vendré á verte todos los dias. Si el Rey te viese abandonado de las gentes virtuosas, se acabarían sus remordimientos, y comenzaría á creer que eres culpable: ¡Ah! espero que no tendrá el gusto de ver que sus sentimientos me hagan abandonar un amigo. Un dia me dijo Calistenes: los Dioses inmortales me han consolado; y desde entonces siento en mí, un no sé qué de divino, que me ha quitado el sentimiento de mis penas. He visto en sueños al gran Jupiter. Tú estabas cerca de él; tenias un cetro en la mano, y una venda Real sobre la frente. El te mostró á mí y me dijo. *Este numen-*

(\*) Se respeta la traduccion de este rasgo hecha por el Señor Capmany en su Filosofía de la eloqüencia, la que se quisiera igualar.

vará tu felicidad. La mocion que me causó me despertó. Me hallé con las mizas levantadas al Cielo, y haciendo esfuerzos por decir: *Gran Jupiter si Lysimaco ha de reynar, has que reyne con justicia.* Lysimaco tu reynarás; cree á un hombre que debe ser agradable á los Dioses supuesto que padece por la virtud. Entre tanto habiendo sabido Alexandro que yo respetaba la miseria de Calistenes, que iba á visitarle, y que me atrebia á tenerle lastima, se enfureció nuevamente. «Infeliz dijo, ve á combatir con los Leones tú que tanto te complaces en vivir con las bestias feroces.» Se dilató mi suplicio para que sirviese de espectáculo á mayor número de gentes.

El día antecedente escribí en estos terminos á Calistenes. «Voy á morir. Todas las ideas que medité de mi grandeza futura, han desaparecido en un instante. Me hubiera alegrado en suavizar los males de un hombre como tú.»

Prexapio mi confidente me trajo esta respuesta. «Lysimaco, si los Dioses han decretado que reynes, Alexandro no puede quitarte la vida; porque los hombres no resisten á la voluntad de los Dioses.»

Esta carta me infundió aliento; y reflexionando, que los hombres mas felices, y los mas desgraciados están rodeados igualmente de la mano divina, determiné conducirme, no segun mis esperanzas, sino segun mi valor, y defender hasta el ultimo suspiro una vida, á la que estaban ligadas tan grandes promesas.

Se me condujo al circo. Estaba rodeado de un pueblo inmenso, que iba á ser testigo de mi valor, ó de mi estremecimiento. Soltáronme un Leon. Tercié mi capa; le presenté el brazo, quiso devorarlo; le agarré la lengua se la arranqué y la eché á mis pies. Alexandro naturalmente apasionado á las acciones esforzadas, admiró mi resolucion; y en este momento volvió sobre sí su grande alma. Me hizo llamar, y alargandome la mano me dijo. «Lysimaco te doy mi amistad, dame tú la ruya; mi colera solo ha servido para hacerte executar una accion que en vano se buscará en la vida de Alexandro.»

Acepté las gracias del Rey, adoré los decretos de los Dioses, y esperaba el cumplimiento de sus promesas sin aceptarlas ni desdeñarlas.

Murió Alexandro, y todas sus Provincias quedaron sin dueño. Sus hijos estaban en la infancia; su hermano Arideo jamas habia salido de ella; Olympia solo tenia el atrevimiento de las almas endebles; y todo lo que era crueldad, era para ella valor; Rojana, Euidice y Estatyta estaban anegadas en el sentimiento; en el Palacio todos sabian gemir; mas nadie sabia reynar. Los Capitanes de Alexandro aspiraron al trono; pero la ambicion de cada uno era contenida por la ambicion de todos. Pattimos el Imperio, y cada uno creyó haber partido el precio de sus fatigas.

La suerte me hizo Rey del Asia, y ahora que todo lo puedo, necesito mas que nunca de las lecciones de Calistenes. Su alegría me anuncia que he hecho alguna accion buena, y sus suspiros me dán á entender, que tengo que reparar algun mal. Yo le hallo entre mí y el Pueblo.

Soy Rey de un Pueblo que me ama. Los padres de familias esperan mi larga vida como la de sus hijos; y estos temen perderme, como á su propio padre. Mis vasallos son felices, y tambien lo soy yo.

*Rasgo de virtud.* Entre los muchos exemplos de hospitalidad, que se ven entre los Arabes, se refiere que uno llamado *Taleb* habia tenido la desgracia de matar al padre del Emir *Alcasar*: este se abrasaba habia mucho tiempo en deseos de tomar venganza, y un dia, estando para salir de casa á continuar buscando á su ofensor, vió entrar un incognito, que humildemente le pidió hospedage. Recibió *Alcasar* á su huesped con la mayor cordialidad, le sentó á su mesa, y le regaló lo mejor que pudo. El Emir salió á la mañana siguiente, y corrió todo el Pueblo por si descubria el objeto de su venganza: A la noche, desesperado de haber perdido sus pasos, vuelve á su casa de muy mal humor; y cenando con el estrangero le pregunta este la causa de su melancolia.

Después de muchas instancias reiteradas sin fruto por muchos días, declaró por fin *Alcasar* al incognito, que había un año que buscaba, sin poder hallarle, á un cierto *Taleb*, homicida de su padre; ¡Ah! dijo el extranjero, quitándose una barba postiza, que le disfrazaba, *pues no buscas más á tu enemigo que en tu presencia lo tienes: reconoce en mí á Taleb. ¡Tu Taleb!* exclamó entonces el Emir, *¡oh Cielos! ¿Es posible?... pero eres mi huésped. Toma esta bolsa, alejate de mi casa, que yo veré después lo que he de hacer.*

*Algeciras. Carta.* Ya había empezado á escribir á Vmd. mi estimado y muy apreciable dueño, con el objeto de remitir el Punto 3 de la Consulta consabida que ofreci á Vmd. en la que incluía el punto 2, quando llegó á mis manos (gracias al esmero con que el corresponsal y encargado de suministrarme noticias militares cumple por un efecto de su zelo patriótico y generoso modo de pensar mi encargo ó suplica) el papel adjunto ó carta llena de reflexiones del mayor peso é importancia sobre una materia de la primera atención.

A la verdad, que al que conoce que toda la riqueza, poder, felicidad y gloria de un estado la constituyen los hombres, ó el hombre multiplicado tantas veces como es posible en los límites de la industria, le causa mucha admiración, el que no cuiden todos los gobiernos del mundo de buscar los medios, para que se verifique este aumento, no solo por el medio de facilitar la propogacion de unos entes tan menesterosos, sino por el no bastantemente solicitado arbitrio de conservarlo, sacándolos con vida y curándolos de todas las dolencias, fracturas &c. que sepultan á tantos por falta de auxilios del arte noble de la Cirugia, y de dignos profesores que merezcan tan ilustre título.

Por lo que respecta á nuestra nacion parece que nota el discreto y sensato autor de la carta, que no logra de los Españoles todo aquel aprecio y distinciones, á que es acreedora la ciencia de la Cirugia en vista del crecido interés que tienen todos

en sus mayores progresos. Y en verdad que es tan triste la pintura, que nos hace de la suerte de sus profesores, que, si no la viésemos todos realizada, apenas se nos haría creíble.

Verdadera es por nuestra desgracia y digna de llorarse con amargas lágrimas por los centenares de miles de útiles individuos, que cuesta á España este desden y poco aprecio con que son mirados por sus compatriotas aquellos humanos y laudables ciudadanos que se dedicaron al generoso estudio de los Dioses, y á ejercer sus veces en la tierra, aliviando los mas insufribles dolores y fatigas de los que se verian en brazos de la muerte, si de ellos no los sacara el profundo saber y experimentada mano del Cirujano, á quien acaso mira con frialdad este mismo después que salió del peligro. ¡Oh bárbaras preocupaciones, hijas de una ignorante desidia en reflexionar! Una familia que se veia ya en el último exterminio se restituye á su primer estado de felicidad, porque salvó al gefe de ella la instruida mano que aplico la Algalia, ó extraxo la piedra que impedia la continuacion de la vida con la salida del líquido, corrosivo y mortal quando estancado: un Monarca se rehace de sus mejores oficiales y soldados por los cuidados y afán de los doctos Cirujanos que se burlan de los horribles estragos de la polvora, bombas y balas con sus sobre humanas operaciones: una ciudad opulenta, los individuos mas importantes de la nacion; y en fin la sucesion de los Monarcas, su salud y duracion se deben á los documentos de esta menesterosa ciencia, y á las delicadas manos de sus profesores; y ¿aun los miramos con cenot?

Apologistas desalumbrados, comparad nuestra conducta con la de los sabios Griegos que dedicaron tan admirable ciencia con el apoteosis de su ilustre profesor el Cirujano Esculapio; y con la de las naciones que los honran con encomiendas, vandas honoríficas y empleos de distincion; y por el mero hecho de tales profesores les franquean la consideracion y sueldo de Capitanes en los Ejércitos y

el primer asiento á la inmediacion de los Generales y Ministros en la mesa y actos de Incimiento. ¿Lo tienen acaso los Cirujanos de la Armada? ¿Así tratamos á los que han de ser nuestro consuelo y alivio en las inevitables misérias que nos circundan? ¿Mereceremos la preferencia en esta accion ingrata (y aun necia, visto que olvidamos nuestro propio interés) sobre los Ingleses, Franceses y tambien los Portugueses que admiran nuestra insensibilidad y descuido?

Se procura y con razon que no tengan las Ciudades, Catedrales y demas Comunidades el arbitrio de elegir arquitectos que no sean Academicos de San Fernando y San Carlos, por suponerse poco aptos para tales elecciones los individuos, que forman estos cuerpos ricos, los quales por cariño al albañil que les hizo una pared en la huerta, ó retejó una habitacion en que antes llovía, podrian darle con el nombre la dotacion correspondiente sin mérito para obtenerla; y se les deja á estos mismos ineptos igualmente para elegir en esta materia, el arbitrio de que nombren para la plaza y obenciones de Cirujano de Ciudad, Cabildo &c. al barbero y sangrador que por su chistosa conversacion y ayre de insuficiencia les supo agradar y arrancar los votos en caso de vacante, aunque cierto de no poderles ayudar en sus dolencias y casos arduos? ¿Son insensibles estos hombres, pues que así aventuran su salud, ó se creen inmortales? Ah! digamos con San Pablo, mi apreciable amigo sobre la conducta de nuestros conciudadanos. "Laudo vos? in hoc non laudo." ¿Qué importan los adornos de la jaula, si se deja morir por descuido el delicado Ruiseñor que habia de ocuparla? Me horrorizo al recorrer algunos de nuestra nacion por lo que viene á menos cada dia la poblacion. Ocho mil hombres recogidos en unas Quintas aturden á nuestros políticos que vaticinan la destruccion de la industria y la muerte de la agricultura con esta saca, apesar de que pueden á los ocho años volver á los telares y campos con mas cultura y conocimientos; y se mira con la mayor indife-

rencia la destruccion de ochenta ó mas miles de individuos útiles que anualmente perecen por el poco cuidado en su conservacion y aumento? El no llevar apun-tacion de estos, y si de aquellos, es la causa de tan increíble indiferencia; pero ¿será esta legitima disculpa á los calculadores ojos de nuestras vecinas naciones?

Concluye con un texto del libro de la Sabiduría y ama á Vmd. de veras el Militar Ingenuo.

"Nolite zelare mortem in errore vi-tæ vestræ, neque acquiratis perditionem in operibus manuum vestrarum."

Madrid. Carta. Señores Editores. Muy señores míos: las provincias de España nos presentan un ameno campo en que ejercer nuestras facultades, ya sean las intelectuales, ya las materiales ó físicas. Que de progresos, que de adelantamiento en las artes con las bellas producciones que prodigamente nos ofrecen sus montes, collados, arroyos, rios y mares; que de su clima, y de la idoneidad de los vivísimos y agudísimos ingenios. Un portento, una maravilla son estas dulces consideraciones, para aquel que se abraza todo en el fuego del amor por su patria. Si yo viese á esta en el estado en que me la represento quando me veo arrebatado de estas imagenes; ninguna ha existido aun como ella seria por todas partes; se veria brillar la virtud al lado de las artes y de las ciencias y auxiliada la circulacion del dinero suficiente, para repar-tir entre los pobres el exceso de los ricos, y hacer por este medio triunfar sin escasez, aquel luxo que no desacredita, y que solo sirve para el fomento y entretenimiento de la poblacion; pues ni todos pueden ser dueños de posesiones heredadas, ni es bien que haya una tal igualdad entre las gentes que todas tengan un mismo haber. A este solo fin podrian dirigirse las miras para la ruina del universo. Son precisas las diferentes gerarquías, así como es indispensable el que haya desigualdad en las riquezas, para que unos puedan servirse de otros. (Se continuará).